



García Sánchez, J. (2014). *Breve Historia de la Arqueología*. Madrid: Editorial Nowtilus (326 pp.). [ISBN: 978-84-9967-563-3]

Jorge García Sánchez, profesor de Arqueología e investigador de la Universidad Complutense de Madrid, ha enfocado sus estudios principalmente en la Historia de la Arqueología, la presencia artística española en Italia entre los siglos XVIII y XX, en el mundo de los viajes artísticos, arqueológicos y de exploración por Europa y Oriente, en el coleccionismo de obras de arte clásico, en la arqueología española en Grecia e Italia y en la educación en época romana.

El «Prólogo» (pp. 13-16) presenta las líneas maestras de la obra que

estructurada en ocho capítulos, divididos a su vez en subapartados, nos adentra en el contexto en el que se encontraron los hallazgos arqueológicos, cómo evolucionó la percepción de la Antigüedad a lo largo de las diferentes épocas y qué hizo posible el progreso del conocimiento. En la «Introducción» (pp. 17-22) se define el concepto de Arqueología como el de una ciencia independiente que analiza y estudia los materiales dejados por el ser humano a lo largo de la historia, mediante un trabajo específico que se desarrolla con instrumentos y tecnologías compartidas con otras disciplinas.

El primer capítulo que lleva por título «La visión del pasado en la Antigüedad y en la Edad Media» (pp. 23-60), nos sitúa en aquellos primeros tiempos en los que el ser humano ya sentía la necesidad de rescatar los hechos acaecidos tanto en épocas remotas como en momentos más recientes. En un tiempo en el que el mito y la historia recorrían senderos paralelos, sin distinción alguna, y donde el azar, los sueños, oráculos, etc., contribuían al descubrimiento de hallazgos arqueológicos. A partir del siglo IV d. C., las invasiones bárbaras y la oficialización del cristianismo como religión estatal traerían consigo la demolición y saqueo de la ciudad de Roma, así como su patrimonio artístico. Tendrían que pasar siglos para que Europa asistiera a un nuevo renacimiento que se materializaría en la vuelta a los orígenes clásicos de Grecia y Roma: el arte grecorromano vuelve a recobrar toda su plenitud; los monasterios desentierran los escritos de

los grandes autores clásicos; surge la guía monumental de Roma más importante hasta esos momentos (*Mirabilia Urbis Romae*); el coleccionismo comienza su andadura, y humanistas como Petrarca o Boccaccio destacarán por la introducción de nuevas ideas que romperán con el pensamiento preexistente.

«De las letras humanistas al coleccionismo barroco» (pp. 61-93), correspondiente al segundo capítulo de la obra, se centra principalmente en el hecho de que la ciudad de Roma se constituirá como el germen del Renacimiento. Este movimiento cultural implicó rescatar e investigar los vestigios pasados, no solo de la gran urbe, sino también de Grecia, además de promover el impulso del coleccionismo y la anticuaria. Estos fenómenos no se limitaron únicamente al ámbito italiano, sino que se extendieron a otros lugares de Europa dando lugar, por ejemplo, a los gabinetes de curiosidades o *Wunderkammer*, sedes de divulgación de saberes que aglutinaban grandes cantidades de objetos materiales de diversa índole, entre los que cobraron protagonismo los procedentes del Nuevo Mundo. En el siglo xvii se introdujeron por vez primera en Europa materiales del Próximo Oriente, gracias al viaje asiático emprendido por el humanista Pietro Della Valle.

«La arqueología de la Ilustración» (pp. 95-123) muestra cómo el siglo xviii supondrá un avance para las obras de arte y la cultura material, en general, al dotarlas de categoría de documento histórico. En el denominado Siglo de las Luces, los monarcas se mostrarán

ante el pueblo como los auténticos garantes de las grandes expediciones, viajes, mecenazgos, etc. Al mismo tiempo, la aristocracia europea se embarcaba en el denominado *Grand Tour*, por aquellos países que ofrecían todo tipo de innovaciones (industriales, económicas y mercantiles), además de sus correspondientes atracciones culturales o arqueológicas. Durante este periodo surgirán también las academias y los anticuarios se pondrán a cargo de los museos. Figura clave de este siglo para la historia del arte clásico será el anticuario alemán Winckelmann, el cual revolucionará la manera de analizar e interpretar una obra de arte.

«Ciencia y expolio: los orígenes de la arqueología en el mundo griego» (pp. 125-158), nos introduce en el afán que entre los círculos doctos de Europa cobró el helenismo gracias a la *Society of Dilettanti* londinense, que propició las primeras expediciones arqueológicas en suelo heleno con una orientación evidentemente científica. Tras la independencia griega del poder otomano durante el segundo cuarto del siglo xix, el mundo heleno se asignaría a diferentes países como Francia, Estados Unidos, etc., con intereses arqueológicos entre los que primaban las esculturas e inscripciones. En cambio, Alemania o Austria se encargaron de las excavaciones arqueológicas, introduciendo parámetros fundamentales de la arqueología clásica contemporánea de base científica.

«La seducción del desierto: arqueólogos, viajeros, diplomáticos y aventureros europeos en Egipto y en

Mesopotamia» (pp. 159-196), quinto capítulo de la obra, nos sumerge en los tiempos del desconocimiento del Egipto faraónico, cuyo primer impulsor para sus investigaciones sería Napoleón Bonaparte. Pronto comenzaría una carrera contra reloj entre italianos, franceses, ingleses y prusianos por conocer y descubrir las riquezas de esta fabulosa civilización. Lo mismo sucedería con el desconocimiento del Próximo Oriente, que hasta los años 40 del siglo XIX no proporcionaría a Occidente los primeros vestigios, gracias a arqueólogos franceses e ingleses. Estos descubrimientos desatarían una auténtica fiebre por el mundo oriental, en primer lugar por el asirio y posteriormente por el sumerio.

«En busca de los orígenes de la humanidad: el largo camino de la arqueología prehistórica» (pp. 197-225), relata cómo hasta el siglo XIX la creencia de que Dios era el creador del mundo y que la Biblia nos proporcionaba dataciones que permitían en cierta medida fechar el origen del universo era algo indiscutible, a pesar de las voces discordantes que ya habían comenzado a surgir a finales del XVIII (fluvialistas, evolucionistas y uniformistas). En el segundo cuarto del siglo XIX, gracias a los descubrimientos del arqueólogo Jacques Boucher de Crèvecoeur de Perthes, se reconoce la antigüedad del hombre y el nacimiento de la prehistoria. Pero será en 1857 cuando se descubra un cráneo simiesco en Neanderthal, y posteriormente otras especies (Cromañón, *Homo erectus*), lo que dará origen a las teorías de

la evolución con Darwin al frente de ellas. El encargado de sistematizar la cronología de la prehistoria europea será el anticuario danés Thomsen, que clasificaría los artefactos según el sistema de las tres edades (piedra, bronce y hierro), además de por su tipología, decoración y utilidad. En 1879 Marcelino Sanz de Sautuola descubre representaciones rupestres (caballos, bisontes...) en la cueva cántabra de Altamira. Posteriormente le seguirían más descubrimientos de arte parietal prehistórico en diferentes cuevas francesas, poniendo de manifiesto la actividad del hombre primitivo que traería consigo, asimismo, la unión de la disciplina antropológica y la arqueología prehistórica.

«Los progresos de la arqueología hasta la Segunda Guerra Mundial» (pp. 227-263), se centra en los descubrimientos de Troya y Micenas por parte del alemán Heinrich Schliemann y de la cultura minoica de la isla de Creta por el arqueólogo británico Arthur Evans. En Egipto, Flinders Petrie introdujo en las excavaciones metodologías y objetivos realmente científicos. Estas técnicas serían continuadas y perfeccionadas por discípulos suyos como Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tutankhamon. Mientras tanto, los eruditos alemanes introducían en la arqueología mesopotámica la profesionalización, proliferando de esta manera los hallazgos en ciudades como Ur. La revolución en el método de excavación la protagonizaría el británico Mortimer Wheeler, al incorporar al

trabajo de campo la cuadrícula y con ella evolucionar así la ciencia arqueológica.

El octavo y último capítulo de la obra que lleva por enunciado «La mayoría de edad de la arqueología» (pp. 265-309), introduce las innovaciones técnicas en el campo de la arqueología subacuática; la fotografía aérea como reconocimiento arqueológico; los métodos de datación absoluta del carbono 14 y la racemización de aminoácidos; la dendrocronología y la termoluminiscencia; la estratigrafía arqueológica de Edward Harris; y las herramientas informáticas (modelos virtuales, reconstrucciones en 3D, etc.), aplicadas a la arqueología.

El presente libro sintetiza de forma magistral, placentera y, lo más importante, dirigido a un público en general, la Historia de la Arqueología. La complejidad del tema se ve compensada con una narración ágil, numerosas ilustraciones y una profusa bibliografía (pp. 311-324) que permite al lector ahondar aún más si quiere en esta interesante cuestión. Una obra recomendada para todo amante de la arqueología y de sus maravillosos descubrimientos.

José Javier VILARIÑO RODRÍGUEZ